
Los Novios de Pastaflora

Emilia Pardo Bazán

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6698

Título: Los Novios de Pastaflora

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de mayo de 2021

Fecha de modificación: 10 de mayo de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Novios de Pastaflora

Tres años hacía que estaban «en relaciones» y todavía no hablaban de casarse. La gente, de continuo, anunciaba la boda «para el mes que viene», «para la entrada del invierno», «para las ferias». Y transcurría el mes, y el invierno, y la primavera, y el verano, y el tiempo corría, y no parecía que se pensase en dar al amor su corona de flores... o de espinas, que eso está por averiguar.

Y, sin embargo, nadie ni nada lo impedía. No existían obstáculos entre los enamorados; no había oposición de familia, ni dificultades de dinero, ni de salud, ni diferencias de clase social, ni aun de gustos y aficiones. Pareja mejor combinada no se encontraría fácilmente. Las vejezuelas del barrio decían que el señorito Andrés y la señorita Matilde eran nacidos el uno para el otro, y que, desde el cielo, algún santo les había puesto en contacto para que las dos mitades de una naranja no anduviesen sueltas por el mundo.

Matilde era hija de un cosechero rico, exportador de vinos en gran escala. Andrés, huérfano, poseía fortuna saneada y las prendas morales de un caballero cumplido. El porvenir les sonreía enseñando toda la dentadura. Riqueza, juventud, hermosura en la novia, gallardía en el novio... Y no se casaban. Y Andrés iba diariamente a cortejar a su Matilde, en estío bajo los cenadores floridos del jardín, en la estación invernal cerca de la chimenea, donde la leña ardía clara, gozosa de su propia muerte, con bella y abnegada inmolación. Poco a poco, según el tiempo iba transcurriendo, la gente, irritada en su curiosidad de fiera, se echaba a adivinar, lanzándose a las más insensatas suposiciones. Hubo quien afirmó que el padre de Matilde estaba arruinado, y Andrés

sólo esperaba ocasión decorosa de desligarse de su compromiso; quien aseguró que Matilde no quería unirse a Andrés por haber averiguado algo de su pasado, algo muy grave; y hasta corrió la versión de que Andrés estaba casado ya... secretamente; tan secretamente, que nadie acertaba a indicar dónde, cómo, cuándo, ni en qué parte del mundo residía su esposa... ¡La verdad es que todas las suposiciones parecían lícitas ante el enigma de aquel inexplicable noviazgo que no terminaba nunca! Y se deslizaron dos años más, y el cortejo siguió, sin anuncio próximo de bendiciones. La curiosidad en los convecinos de los extraños futuros, a quienes ya llamaba todo el mundo «los novios de pastaflora», continuó exaltándose, hasta convertirse en frenesí. Y Matilde y Andrés se veían a las mismas horas, charlaban con igual intimidad cariñosa, hacían exactamente la misma vida de costumbre, y cuando les preguntaban la fecha de sus bodas, respondían tranquilamente:

—No hay prisa... El día menos pensado...

¡No haber prisa! O falta el amor, o prisa tiene que haber. Matilde iba a cumplir treinta años; Andrés, treinta y cinco. ¿Qué aguardaban? Y la gente, burlada, empezó a poner en solfa a los novios, a tratarlos de pazguatos, de sangre de horchata, de fenómenos y de ridículos.

—Yo consultaría a mi hija con un médico del extranjero —exclamaban las amigas de Matilde.

—Y yo me consultaría con el proto-medicato —murmuraban los amigos de Andrés.

Así las cosas, un día corrió por la ciudad la noticia estupenda. ¡No sólo no se casaban los novios de pastaflora, sino que sus relaciones se habían roto definitivamente! Sí, cortadas en seco, sin precedente alguno, sin período de enfriamiento; las visitas de Andrés, no espaciadas, suprimidas de golpe. Y aquello fue definitivo. Nunca más en la vida volvió el novio de pasta a casa de su novia, y ni él ni Matilde dijeron palabra,

hicieron comentario que pudiese poner a los curiosos, más locos que nunca, sobre la pista de las causas de la morosidad de antes, de la ruptura de ahora... El rompecabezas por nadie fue arreglado; el enigma quedó sin solución, y si la casualidad no me hubiese relacionado con Andrés en el terreno profesional, porque le asistí en su última enfermedad, tampoco yo sería dueño del secreto de un caso que tanto dio que hablar, y que, aún hoy, las familias de X*** se transmiten como una leyenda.

Andrés me informó del suceso, porque atribuía su enfermedad del hígado a la pena que le minaba desde que se apartó de Matilde.

—¡Y el caso es que tenía que ser, que esa boda no podía hacerse de ninguna de las maneras, que los dos lo sabíamos desde el mismo punto en que nuestro noviazgo empezó..., y que fuimos novios largos años, adorándonos, con la seguridad de que no nos casaríamos nunca, nunca, y el propósito firme, cada día, de romper cuanto antes nuestras relaciones, de no volver a vernos más! ¡La cosa fue muy rara..., y si se la cuento es porque el médico, lo mismo que el confesor, debe saberlo todo! Cuando empecé a enamorar a Matilde, tenía ella veintidós años y no había hecho caso de los innumerables pretendientes que la asediaban. Logré yo mejor suerte... o más desdicha; desde el primer momento comprendí que no le era indiferente y que deseaba mi presencia. De aquí a lo demás va poco. Matilde me confesó que me quería; pero al llegar al capítulo de bodas me dijo rotundamente que no se casaría jamás. Agobiada por mis preguntas y mis súplicas, confesó al fin la causa. Siendo ella muy joven, y saliendo con su madre a paseo, se desbocaron los caballos de su coche y corrieron sin freno —lanzando al cochero del pescante— más de dos leguas, encaminándose a un espantoso precipicio. Matilde iba loca de terror; ni se atrevía a arrojar, ni era posible, y veía segura la muerte, un género de muerte horrorosa. En aquel momento de suprema angustia hizo un voto irrevocable: si se salvaba,

ofrecía no casarse nunca. Y lo ofreció sin conmutación posible, comprometiéndose de antemano solemnemente, con el alma entera. Y, casualidad... ¡o lo que fuese!, al mismo instante de ofrecerlo, los caballos, que ya se lanzaban al vacío, sobre el abismo, se detuvieron de súbito, como si una mano los sujetase..., y las dos señoras pudieron bajarse del coche, aún temblorosas de espanto.

Matilde había ofrecido no casarse. Esto estaba en su mano. Pero no podía ofrecer no amar. Amaba, y me lo confesó. Decir lo que yo trabajé en nuestros largos años de cariño, de conversaciones dulcísimas, de confianza absoluta de corazón a corazón, para convencerla de que aceptase la conmutación y desligamiento de su voto, sería no acabar. Yo estaba seguro de conseguir en Roma, y fácilmente, que rompiesen la cadena que ella misma, en un momento terrible, se había remachado al cuello. Estaba seguro, y es más: encontraba que era lo natural, lo justo. El voto había sido hecho bajo el influjo del terror... Pero me estrellé contra una especie de fanatismo del deber, de la palabra empeñada a Dios, que no admitía transacciones ni componendas. «Tan imposible como sería que te engañase a ti, si fuese tu mujer —me decía—, es que engañe al que me sostuvo sobre el abismo y nos libró a mi madre y a mí de morir hechas pedazos. Nadie puede romper mi voto; lo hice directamente a quien me salvaba... No me casaré jamás. Si me casase, me castigaría con justicia Él... Mi parte de dicha será este noviazgo... ¡Cuántas mujeres habrán sido menos felices que yo! He amado, he sido amada... ¡Es lo bastante, y debe bastarnos!». ¡Y de aquí no pude sacarla, no pude!

—Y siendo así, ¿por qué no siguieron ustedes en relaciones?

—¡Ah! —suspiró Andrés—. Porque llegó un momento... en que el ser novios... novios... ya no era posible... No teníamos, ni ella ni yo, energía para continuar así... El tiempo volaba, la edad avanzaba, la pasión hacía su oficio... Y no, vimos sino un camino honrado..., ¡la eterna ausencia!

Andrés, al decir esto, estaba amarillo, y sus empañados ojos palidecían en la cara biliosa. Una sonrisa amarga, la sonrisa infinitamente dolorida de los hepáticos, se asomó a su boca cuando añadió:

—¡Y en el pueblo nos llamaban los novios de pastaflora!...

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.